



Confirmación de jóvenes universitarios

Domingo I de Adviento

Estamos iniciando el tiempo de Adviento, el tiempo de la preparación para celebrar el Nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, en la espera gozosa de la segunda venida del Señor Jesucristo en gloria.

En nuestra profesión de fe confesamos que el Hijo de Dios se hizo hombre, fue crucificado, muerto y sepultado, y **“vendrá con gloria para juzgar a vivos y a muertos”**: esta venida gloriosa de Jesucristo es parte integrante del misterio cristiano, porque hay un **Día**, ya anunciado por los profetas (cf. Jl 1, 15; 2, 1.11, etc.) y después mencionado varias veces por el mismo Jesús a sus discípulos (cf. Lc 10, 12; 17, 24, etc.), en que el Señor establecerá plenamente su reinado en la historia de la humanidad. Ese día tendrá lugar el juicio de los vivos y de los muertos, de modo que sean restablecidas definitivamente la justicia y la verdad, y se realice así el designio de Dios y se reconozca y alabe la fidelidad de aquellos que en el mundo sufrieron aflicción y esperaron con confianza la manifestación de la gloria del Señor. Adviento, por tanto, es un tiempo de alegre esperanza, en el que resuena el grito de la Iglesia, que movida por el Espíritu clama: *“¡Ven, Señor Jesús! ¡Marana tha!”* (cf. Ap 22, 17; 1 Cor 16, 22), y escucha la respuesta segura: *“¡ Sí, vengo enseguida!”*.

En el breve texto de la primera lectura, tomado del profeta Jeremías, encontramos una luz, todavía un tanto velada, sobre el origen y la misión de Jesús. En el trasfondo está la promesa de Dios a David por medio del profeta Natán: *“Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre”* (2 Sam 7, 16). El texto hoy leído de Jeremías no llama rey al descendiente prometido de David, como le había llamado en el texto semejante del capítulo 23, 5-6; pero el profeta promete a continuación que *“no le faltará a David quien le suceda en el trono de la casa de Israel”* (Jer 33, 17). Es claro, por tanto, que Jeremías considera implícito en este texto el título real del vástago de David.

Por su parte, el salmo 89 refleja el contraste entre la promesa a David del reino eterno y la realidad que vive Israel en aquel momento por designio del mismo Dios: *“Tú, encolerizado con tu Ungido, lo has rechazado y deshechado; has roto la alianza con tu siervo y has profanado hasta el suelo su corona... Acuérdate de la afrenta de tus siervos”*(vv. 39.51).

Precisamente a causa de esta situación de abandono de Dios, Jeremías renueva la promesa de un renacer de Jerusalén de sus cenizas. E indica que Dios va a cumplir “en aquellos días”, es decir en los tiempos del Mesías, la promesa hecha a la casa de Israel



y de Judá suscitando “*a David un vástago legítimo, que hará justicia y derecho en la tierra*”.

Benedicto XVI, en su libro sobre la Infancia de Jesús, ha interpretado que la promesa hecha a David por Natán y reiterada por Jeremías, así como el lamento de Israel, expresado en el salmo 89, “estaba también ante Dios en el momento en que Gabriel anunciaba a la Virgen María el nuevo rey en el trono de David... El ángel anuncia que Dios no ha olvidado su promesa; se cumplirá *ahora* en el niño que María concebirá por obra del Espíritu Santo. Su reino no tendrá fin, dice Gabriel a María” (p. 38). “Este reino diferente no está construido sobre un poder mundano, sino que se funda únicamente en la fe y el amor. Es la gran fuerza de la esperanza en medio de un mundo que tan a menudo parece estar abandonado de Dios. El reino del Hijo de Dios, Jesús, no tiene fin, porque en él reina Dios mismo, porque en él entra el reino de Dios en este mundo. La promesa que Gabriel transmitió a la Virgen María es verdadera. Se cumple siempre de nuevo” (p. 39).

En el pasaje del evangelio de Lucas, Jesús proclama su venida inminente como Hijo del hombre. Esta manifestación del Señor es presentada como un drama que comprometerá la existencia humana y señalará el final de la historia: habrá en la naturaleza señales que indicarán un final y un nuevo comienzo; se producirán situaciones de una gran crisis entre los hombres, los cuales se encontrarán frente al juicio de Dios, frente a la revelación de su comportamiento, de sus acciones justas o injustas hacia sus hermanos.

Entonces “*verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria*” (cf Dn 7, 13-14), y esto constituirá en realidad un **feliz acontecimiento para los discípulos fieles a su Señor, porque verán el cumplimiento de la promesa del Señor y la liberación de todo el mal que han sufrido a lo largo de la historia**. Por tanto, estas palabras de Jesús no deben suscitar una reacción de espanto, sino que han de ser acogidas como un anuncio de aquello que puede dar sentido a la vida de los hombres heridos y oprimidos: **la justicia de Dios tendrá la última palabra y las víctimas de la historia conocerán finalmente la felicidad**.

Frente a este acontecimiento que, aunque parezca tardar, llegará con certeza (cf Heb 10, 37; 2 Pe 3, 8-10), **los cristianos somos invitados a velar**, a permanecer atentos, para no quedar embobados y extraviados, con la mente embotada por las falsas preocupaciones del placer y el dinero. Debemos luchar para que nuestro corazón no se torne insensible o atolondrado e incapaz de vivir una existencia responsable. Al presentar estos riesgos Jesús nos indica también las armas con las que podemos hacerles frente: “*Velad, pues, y orad en todo tiempo*”. Vigilancia y oración, en efecto, ponen ya hoy al creyente en la presencia del Señor y, por consiguiente, le preparan para comparecer ante el Hijo del hombre y encontrarse con él el día del juicio.

En la segunda lectura el apóstol Pablo nos ha indicado cómo hemos de mantenernos en pie ante el Hijo del hombre: pedir al Señor que “*os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos...Y que así os fortalezca interiormente; para*



Carlos López Hernández

que cuando Jesús nuestro Señor vuelva acompañado de sus santos, os presentéis santos e irreprochables ante Dios nuestro padre". Y hemos de meditar las instrucciones del apóstol y aprender de él la forma de proceder en el seguimiento de Cristo Jesús para agradar a Dios.

El Adviento es, pues, un tiempo fuerte en la vida de toda la Iglesia, durante el cual los cristianos nos comprometemos en la espera del Señor, nos ejercitamos en la contemplación de las realidades invisibles (cf. Heb 11, 27) y nos hacemos responsables de la historia, aquí y ahora, unidos a todos los hombres, sabiendo que habrá un justo juicio de Dios sobre la aceptación de su reinado en todos nuestros actos.

En este marco espiritual del Adviento celebramos la confirmación de un grupo de jóvenes que os habéis interrogado sinceramente si merece la pena esperar o no al Señor y habéis experimentado y dais testimonio, ante esta comunidad reunida con su Obispo, de que necesitáis verdaderamente encontrarlo y anheláis recibir su Espíritu Santo, para que os configure plenamente con Cristo como hijos de Dios y os haga disfrutar de los tesoros del Reino de Dios.

Entre estos bienes del Reino sin duda que habréis experimentado la alegría de la fe y de su celebración en la liturgia y los sacramentos de la Iglesia; igualmente tendréis experiencia de la libertad de la vida nueva en el Espíritu; de la belleza fascinante de un corazón limpio y casto, semejante al de Jesús; de la verdad de la Palabra de Jesucristo, luz del mundo, acogida en la meditación personal; de la fuerza transformadora del amor a Dios y a los hermanos como Jesús los ha amado, hasta el extremo de dar la vida por ellos; de la grandeza del servicio humilde y abnegado, siguiendo los pasos de quien no ha venido para ser servido, sino para servir; de la dicha de amar y elegir libremente la pobreza, para liberarse de la idolatría del dinero y ser capaz de luchar por la implantación de la justicia de Dios en el mundo; de la satisfacción de defender la dignidad de la vida humana en todas las fases de su desarrollo y de promover los derechos de los más pobres del mundo y de las víctimas de la crisis. Ellos se encuentran entre los destinatarios preferentes del Evangelio del Reino y del amor de Dios.

En fin, el Espíritu Santo os pone en sintonía con Jesús para pasar por la vida haciendo el bien y buscar ante todo el Reino de Dios y su justicia, dejando en las manos amorosas de Dios Padre todos nuestros proyectos, afanes, desvelos e inquietudes. Y todo y siempre en la alegría de la comunión con Dios y del seguimiento fiel de Jesús, también cuando es preciso compartir sus padecimientos con la firme esperanza de llegar a tener parte en su gloria y de heredar el reino eterno, preparado por Dios para quienes le aman.

Dichosos vosotros porque habéis creído y estáis dispuestos a dar testimonio de la fe, con el valor y la fortaleza que renovará en vosotros la gracia del Espíritu. A través de la meditación orante de la Palabra de Jesús y de la participación en su vida por los sacramentos de la Iglesia seréis llevados por el Espíritu Santo a la verdad completa de la fe que obra por el amor y os acredita ante el mundo como discípulos auténticos de Jesús.



Carlos López Hernández

Ahora seguimos orando con vosotros para que el Espíritu Santo haga realidad en vuestra vida este proyecto de vida en Cristo y en su Iglesia.

Iglesia de San Benito. Salamanca, 2 diciembre de 2012